

ASTRALIS

LAS VIDAS DE
DUMAS & RIGEL

ANTONIO J. BAZALO

Título original: Astralis: Las vidas de Dumas & Rigel.
Licenciado bajo Creative Commons. Antonio J. Bazalo 2008.
Nº registro propiedad intelectual: MA-2007-00703
Barcelona. Julio de 2008.

Licencia Creative Commons: Se permite la libre distribución de la obra. Queda prohibida la distribución con fines comerciales. La libre distribución obliga al reconocimiento del autor original y a la no manipulación de la misma.

Visite la web oficial de Astralis en:

www.astralis-saga.com



0

ANTES DE SUBIR EL TELÓN

Mi nombre no es Dumas Deneb-Algiedi, pero narraré en su nombre y desde su lugar en esta historia. No aceptaré que se me tache de cobarde o de aprovechado por esto; sencillamente, soy pragmático, pues su don de la inmortalidad le protege de los puntos y las comas que a mí me impone la vida.

En sus pensamientos habita, no tengo duda, cada palabra que aquí pondré en negro sobre blanco. Él está atado a un pacto de caballeros que le obliga al silencio, yo no.

Yo soy libre.

Conozco su vida, así como él la mía. Las muchas mías. Las vivimos juntos, intensamente. No todas, porque nuestros caminos tardaron en cruzarse. Desde entonces él siempre me encuentra, a pesar de mis esfuerzos por evitarle. El muy tramposo juega con ventaja: dos ojos de mujer que ven el futuro.

A veces, sólo a veces, yo le encuentro a él.

Es mi mejor amigo. Siempre lo será.

1

TENGO MIS MOTIVOS

En Inglaterra se llamaba a la muerte poco después del alba.

Tenía su explicación, toda actitud de un inglés la tiene. Ningún condenado conciliaba el sueño en su última noche. Algunos temblaban de terror, otros se volvían locos de desesperación, había quien incluso intentaba adelantar el momento por sus propios medios.

No obstante, había algo común a todos ellos: lloraban.

Sus sollozos se prolongaban durante toda la noche y angustiaban, aún más, al resto de presos. Ni siquiera los carceleros quedaban imperturbables ante tanta amargura.

Es por esto que en Inglaterra se ejecutaba a los presos nada más comenzar el día.

Porque los condenados lloraban.

Todos, menos mi amigo.

Le trajeron a pie, ni siquiera un carro mereció. Sus tobillos estaban destrozados por los grilletes y en sus pies descalzos se apreciaba la gangrena que, de seguro, le produjo la insalubridad de las catacumbas en las que fue torturado y encerrado. Estaba muy delgado y su desaliñado pelo largo le tapaba la cara, pero a nada que conseguía levantar la cabeza podías ver sus ojos. Serio, concentrado, preparado para ver el rostro de la muerte.

Una vez más.

No era normal ver a muchas mujeres entre el público, las pocas que iban acudían para pedir piedad por sus propios maridos o hijos. Sin embargo, esta vez fue distinto. Había una mujer por cada dos hombres, muchas incluso habían traído a sus niños, tanto a los

jóvenes en edad de alistarse como a los que había que coger en brazos. Y sí, también había explicación para esto.

Mi amigo había confesado haber matado a la mujer que amaba.

Entre los hombres, por supuesto, no faltaba nadie. Todo varón de la localidad de Whitby se presentó en la plaza con ansias de ver cómo prendían fuego al pobre desgraciado de turno. Justicia en nombre de Dios y del Rey, decían.

Aquel día sentí odio y repugnancia hacia los ingleses.

Se santiguaron al comienzo de la lectura del sacerdote. Tras él, dos hombres terminaban de colocar la leña alrededor del poste de madera. Mi amigo aguardaba, aún no me había visto. Me dolió que no me buscara entre el gentío, él sabía que yo estaba allí. Siempre he permanecido junto a él en sus últimos momentos, le hice esta promesa hace tres mil años y jamás le he abandonado. No importaba dónde estuviera o lo cruenta que fuera la muerte que le deparara.

Yo quería estar ahí porque son pocas las veces que ves morir a alguien con dignidad.

Le ataron al poste por las manos y los pies y volvieron a recolocar la leña por última vez. El sacerdote le acercó una cruz a los labios y le ofreció pedir el perdón de Dios. Mi amigo, con sus últimas fuerzas, escupió primero al crucifijo y después al clérigo. Qué canalla, incluso en un momento como aquel consiguió hacerme sonreír.

Finalmente, llegó el momento:

-David Jesseb, por orden de Su Majestad el Rey Enrique de Inglaterra, la Corte de Justicia de Yorkshire os ha declarado culpable por el asesinato confeso de Isabelle Byrd. Así mismo, el Alto Tribunal de la Iglesia en Yorkshire considera probados vuestros actos de herejía y satanismo. Por todo ello, se os ha sentenciado a morir en la hoguera a las nueve de la mañana de hoy, tres de febrero del año de nuestro Señor 1532.

Acto seguido, las antorchas prendieron la leña. Poco a poco, el fuego se hizo con su cuerpo y cumplió la sentencia. Entre las llamas y el humo pude mirarle una última vez a la cara. Sus ojos me regañaban por incumplir otra promesa: no usar mis conocimientos astrales para protegerle del dolor.

-Adiós, buen amigo, adiós -le dije en voz baja.

Y así, aquel día vi morir de nuevo a mi amigo.

Es duro vivir para siempre y dejar atrás a quienes amas, incluso cuando ese alguien es capaz de burlar los bloqueos de las

akasia y renacer con su conciencia inalterada para proseguir con su verdadera identidad.

Me marché. Aquel ya no era mi amigo, sólo una pira observada por cientos de estúpidos ingleses, seguir allí era perder el tiempo. Había muerto David Jesseb, pero Rigel Amlam vivía. Renacería en algún lugar del mundo, y yo, una vez más, saldría a su encuentro.

Pero antes, una última persona me esperaba. Alguien muy importante a quien había prometido contar la verdad a cambio de aceptar proseguir con su vida bajo total anonimato.

Nadie, absolutamente nadie debía descubrirla.

Porque la mujer por cuya muerte fue ajusticiado mi amigo, la mujer que él amó, estaba viva.